

De la autora de

La bastarda de Estambul

Elif

Shafak

El fruto

del honor



Lumen

El fruto del honor

Elif Shafak

Traducción de
Sílvia Pons Pradilla

Lumen

narrativa

(c) Random House Mondadori
www.megustaleer.com

Título original: *Honour*

Primera edición: junio de 2012

© 2012, Elif Shafak

© 2012, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Sílvia Pons Pradilla, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-2030-5

Depósito legal: B-16.132-2012

Compuesto en Fotocomposición, 2000, S. A.

Impreso en Egedsa

c/ Roig de Corella, 12-16, nave 1

08205 Sabadell

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

H 4 2 0 3 0 5

Cuando tenía siete años, vivíamos en una casa verde. Uno de nuestros vecinos, un sastre de profesión, a menudo pegaba a su esposa. Por la noche todo el vecindario oía los gritos, los golpes, los insultos, pero por la mañana, cada cual se ocupaba de lo suyo, como si nadie hubiera visto ni oído nada.

Esta novela está dedicada a los que quieren oír y ver.

Desde que tiene conocimiento se ha sentido el rey de la casa y con respecto a su madre, como un apoyo ambiguo y un protector ansioso.

J. M. COETZEE, *Infancia. Escenas de una vida en provincias*

Esmá

Londres, 12 de septiembre de 1992

Mi madre murió dos veces. Me prometí que no permitiría que su historia se olvidara, pero nunca encontré el tiempo, la voluntad o el valor para escribirla. Es decir, hasta hace poco. No creo que jamás llegue a ser una escritora de verdad, y ahora lo tengo asumido. He alcanzado una edad en la que acepto mis limitaciones y mis fracasos. Pero tenía que contar esta historia, aunque solo fuera a una persona. Tenía que enviarla a un rincón del universo donde pudiera flotar libremente, lejos de nosotros. Se la debía a mamá, esa libertad. Y tenía que terminarla este año. Antes de que él saliera de la cárcel.

Dentro de unas horas sacaré el *halva* de sésamo del fuego, lo pondré a enfriar junto al fregadero y besaré a mi marido fingiendo que no he notado la expresión de preocupación en sus ojos. Después saldré de casa con mis hijas gemelas —de siete años, nacidas con cuatro minutos de diferencia— y las llevaré en coche a una fiesta de cumpleaños. Se pelearán durante el viaje y, por una vez, no las regañaré. Las niñas se preguntarán si habrá un payaso en la fiesta o, aún mejor, un mago.

—Como Harry Houdini —comentaré.

—¿Harry qué?

—¡Ha dicho ju-di-ni, tonta!

—¿Quién es ese, mamá?

Será doloroso. Como el aguijonazo de una abeja. La superficie no se verá demasiado afectada, pero por debajo de la piel notaré un creciente ardor. Me daré cuenta, como me ha sucedido en tantas ocasiones, de que no saben nada sobre la historia de su familia, porque les he contado muy pocas cosas. Algún día, cuando estén preparadas. Cuando yo lo esté.

Una vez haya dejado a las niñas, charlaré un rato con las otras madres. Le recordaré a la anfitriona de la fiesta que una de mis hijas es alérgica a los frutos secos, pero que, como es difícil diferenciarlas, será mejor que las vigile a ambas para que no coman nada con nueces, ni siquiera el pastel de cumpleaños. Es un poco injusto para mi otra hija, pero entre hermanas se dan a veces; las injusticias, quiero decir.

Después subiré al coche, un Austin Montego rojo que mi marido y yo compartimos. El viaje de Londres a Shrewsbury dura tres horas y media. Puede que haga una parada rápida justo antes de llegar a Birmingham. Dejaré la radio encendida, a ver si la música me ayuda a ahuyentar los fantasmas.

Han sido muchas las veces que he pensado en matarlo. He tramado planes elaborados en los que aparecían pistolas, veneno o, mejor aún, una navaja automática; por justicia poética, si es que se le puede llamar así. También se me ha pasado por la cabeza perdonarlo, del todo y de corazón. Sin embargo, no he conseguido ninguna de las dos cosas.

Cuando llegue a Shrewsbury, dejaré el coche frente a la estación de ferrocarriles y caminaré cinco minutos hasta llegar al mu-

griente edificio de la cárcel. Pasearé por la calle o me apoyaré contra la pared que hay enfrente de la entrada principal, y esperaré a que salga. No sé cuánto tardará. Y no sé cómo reaccionará al verme. Hace más de un año que no voy a verlo. Solía visitarlo con frecuencia, pero a medida que se acercaba el día de su puesta en libertad, dejé de hacerlo.

En algún momento, la enorme puerta se abrirá desde dentro y él saldrá. Alzará la vista al cielo, poco acostumbrado a ver esta vasta extensión sobre su cabeza tras catorce años de encarcamiento. Lo imagino parpadeando ante la luz del día, como una criatura de la noche. Mientras tanto, permaneceré inmóvil, contando hasta diez, o cien, o tres mil. No nos abrazaremos. No nos daremos la mano. Un breve gesto mutuo con la cabeza irá seguido del saludo más exiguo pronunciado en voz baja y entrecortada. Cuando llegemos a la estación, él subirá al coche. Me sorprenderá su buena forma física. Al fin y al cabo, aún es un hombre joven.

Si quiere fumar un cigarrillo, no me opondré, aunque odio el olor y no permito que mi marido fume en el coche ni en casa. Cruzaremos la campiña inglesa y recorreremos praderas silenciosas y campos abiertos. Me preguntará por mis hijas. Le diré que están bien, que crecen deprisa. Sonreirá, si bien no tiene la menor idea de lo que significa ser padre. Yo no le preguntaré nada.

En el coche sonará la cinta que he elegido para la ocasión. Los mayores éxitos de ABBA, las canciones que mi madre solía cantar mientras cocinaba, limpiaba y cosía: «Take a Chance on Me», «Mamma Mia», «Dancing Queen», «The Name of the Game»... Porque ella estará mirándonos, no me cabe la menor duda. Las madres no van al cielo cuando mueren. Dios les concede un per-

miso especial para quedarse por aquí algún tiempo, cuidando de sus hijos, sin que importe lo que haya sucedido entre ellos durante sus breves vidas mortales.

De regreso en Londres, cuando llegemos a Barnsbury Square, buscaré un lugar donde aparcar mientras refunfuño para mis adentros. Empezará a llover; una lluvia fina, como diminutas gotas de cristal. Por fin encontraré un lugar en el que encajar el coche después de un sinfín de maniobras. Puedo engañarme y convencerme de que conduzco bien, hasta que llega el momento de aparcar. Me pregunto si se burlará de mí por cumplir los tópicos de la mujer conductora. En el pasado lo habría hecho.

Caminaremos juntos en dirección a la casa, la calle en silencio e iluminada frente a nosotros y a nuestras espaldas. Durante un brevísimo instante compararemos el entorno con el de nuestra vieja casa de Hackney, la de Lavender Grove, y nos maravillaremos ante lo mucho que han cambiado las cosas, y cómo la vida ha seguido adelante, incluso cuando nosotros no pudimos hacerlo.

Una vez dentro, nos quitaremos los zapatos y nos pondremos las zapatillas: él, unas clásicas de color gris, de mi marido, y yo las de color vino, sin talón y con pompones. Seguro que torcerá el gesto cuando las vea. Para tranquilizarlo, le diré que son un regalo de mis hijas. Entonces, cuando sepa que no son las de ella, se relajará. El parecido es pura coincidencia.

Desde la puerta me mirará mientras preparó el té, que tomará sin leche y con mucho azúcar, si es que la cárcel no ha modificado sus gustos. Después sacaré el *halva* de sésamo. Nos sentaremos juntos al lado de la ventana, sujetando las tazas y los platos de porcelana en las manos, como dos elegantes desconocidos, y

veremos caer la lluvia sobre las violas de mi jardín trasero. Alabaré lo buena cocinera que soy, y comentará lo mucho que ha echado de menos los *halvas* de sésamo, aunque ha rechazado amablemente un segundo pedazo. Le diré que sigo la receta de mamá al pie de la letra, pero que nunca me quedan tan buenos como a ella. Con eso lograré hacerlo callar. Nos miraremos fijamente y el silencio se sentirá opresivo en el ambiente. A continuación se excusará, dirá que está cansado y que, si es posible, le gustaría irse a la cama. Lo acompañaré a su habitación y cerraré la puerta despacio.

Y lo dejaré allí. En una habitación de mi casa. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca. Lo mantendré encerrado entre esas cuatro paredes, entre el amor y el odio, sensaciones que no puedo combatir, atrapadas para siempre en una caja, dentro de mi corazón.

Es mi hermano.

Él, un asesino.

Nombres como terrones de azúcar

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1945

Cuando Pembe nació, Naze se puso tan triste que olvidó todo lo que había sufrido durante las veintiséis horas previas, mientras la sangre le corría entre las piernas, y trató de levantarse e irse. Al menos eso es lo que cuentan quienes estuvieron presentes en la sala de partos aquel día de tormenta.

Sin embargo, por mucho que deseara marcharse, Naze no pudo ir a ningún sitio. Para sorpresa de las mujeres que había en la sala y de su marido, Berzo, que esperaba en el patio, las contracciones la obligaron a tumbarse de nuevo en la cama. Tres minutos después apareció la cabeza de un segundo bebé. Con mucho pelo, la piel rojiza y el cuerpo húmedo y arrugado. Otra niña, solo que algo más pequeña.

En esa ocasión Naze no intentó huir. Soltó un suspiro apenas audible, hundió la cabeza en la almohada y se volvió hacia la ventana abierta, como si aguzara el oído para escuchar el susurro del destino en el viento, suave como la leche. Si prestaba la suficiente atención, pensó, tal vez le llegaría una respuesta de los cielos. Al fin y al cabo, debía de haber una razón, una justificación desconocida para ella, pero sin duda evidente para Alá, que explicara por qué le había dado dos hijas más cuando ya tenían seis, y ni un solo hijo varón.

Así pues, Naze frunció los labios como un dobladillo apretado, decidida a no volver a pronunciar palabra hasta que Alá le explicara de manera extensa y convincente el motivo que se ocultaba tras sus acciones. Incluso dormida seguía apretando los labios. Durante los cuarenta días y las cuarenta noches siguientes no pronunció palabra. Ni cuando cocinaba garbanzos con grasa de rabo de oveja, ni cuando bañaba a sus otras hijas en un enorme barreño, ni cuando preparaba queso con ajo silvestre y hierbas, ni siquiera cuando su marido le preguntaba qué nombre le gustaría poner a las niñas. Se mantuvo silenciosa como el cementerio junto a las colinas donde estaban enterrados todos sus antepasados y donde también ella descansaría algún día.

Vivían en un pueblo kurdo de territorio escarpado en el que no había calles, electricidad, médico ni escuela. Las noticias del mundo exterior apenas conseguían penetrar aquella cortina aislante. Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica... Los aldeanos jamás habían oído hablar de nada de eso. Aun así, estaban convencidos de que se producían hechos extraordinarios en el universo, es decir, más allá de las orillas del Éufrates. El mundo era el que era, y no tenía sentido tratar de descubrirlo. Todo lo que había existido y todo lo que sería algún día se encontraba presente aquí y ahora. Los seres humanos estaban predestinados a ser sedentarios, como los árboles y las rocas. Y así debían actuar, a menos que fueran una de estas tres figuras: un místico errante que hubiera perdido su pasado, un necio que hubiera perdido la razón, o un *majnun* que hubiera perdido a su amada.

Derviches, excéntricos y amantes aparte, para el resto de la gente nada resultaba asombroso y todo era como debía ser. De lo

que sucediera en cualquier rincón, pronto estaban todos al corriente. Los secretos eran un lujo que solo los ricos podían permitirse, y en ese pueblo, llamado Mala Çar Bayan, «casa de los cuatro vientos», nadie era rico.

Los ancianos del pueblo eran tres hombres de baja estatura y gesto triste que pasaban la mayor parte del tiempo en el único salón de té, reflexionando sobre los misterios de la sabiduría divina y la estupidez de los políticos mientras tomaban té en vasos de cristal fino como cáscaras de huevo, frágil como la vida. Cuando se enteraron del voto de silencio de Naze, decidieron ir a visitarla.

—Venimos a advertirte que estás a punto de cometer sacrilegio —dijo el primer hombre, tan viejo que la brisa más ligera podría haberlo derribado.

—¿Cómo esperas que Alá el Todopoderoso te revele sus caminos cuando es sabido que solo ha hablado con los profetas? —señaló el segundo hombre, a quien apenas le quedaban un par de dientes—. Y seguro que entre ellos no había ninguna mujer.

El tercero de los hombres agitó las manos en el aire, agarrotadas y nudosas como raíces de árboles.

—Alá quiere oírte hablar. De otro modo, te habría hecho pez.

Naze los escuchó, dándose de vez en cuando golpecitos en la comisura de los ojos con la punta del pañuelo de cabeza. Durante un momento se imaginó convertida en pez; en una gran trucha marrón en el río, con las aletas reluciendo bajo el sol, las manchas rodeadas de reflejos pálidos. Poco sospechaba entonces que sus hijas y sus nietos se sentirían vinculados a varias especies de peces en distintos momentos de su vida, y que cierta afinidad con el reino subacuático seguiría presente en su familia durante generaciones.

—¡Habla! —ordenó el primer anciano—. Va contra natura

que las de tu especie guarden silencio. Y lo que va contra natura va contra la voluntad de Alá.

Sin embargo, Naze no habló.

Cuando sus honorables visitantes se hubieron marchado, la mujer se acercó a la cuna donde dormían las gemelas. El resplandor procedente del hogar bañaba la habitación de un amarillo dorado, confiriendo a la piel de los bebés un brillo suave, casi angelical. Su corazón se enterneció. Se volvió hacia sus seis hijas, de pie a su lado, ordenadas de mayor a menor estatura, y les dijo en voz ronca y apagada:

—Ya sé cómo las llamaré.

—¿Cómo, mamá? —preguntaron las pequeñas, encantadas de oírla hablar de nuevo.

Naze se aclaró la garganta y respondió, con cierto tono de derrotada en la voz:

—Esta será Bext y la otra, Bese.

—Bext y Bese —repitieron las niñas al unísono.

—Sí, hijas mías.

Al pronunciar esas palabras, chasqueó los labios, como si los nombres le hubieran dejado un sabor inconfundible en la lengua, salado y ácido. Bext y Bese en kurdo, Kader y Yeter en turco, Destino y Suficiente en cualquier otra lengua. De ese modo manifestaría a Alá que, si bien como buena musulmana se había resignado a su suerte, ya estaba harta de hijas y la próxima vez que se quedara embarazada, en la que sabía que sería la última vez, pues tenía cuarenta y un años y ya no estaba en la flor de la vida, tenía que darle un hijo, y nada más que un hijo.

Esa misma noche, cuando el padre llegó a casa, las niñas corrieron a comunicarle la buena noticia.

—¡Papá! ¡Papá! Mamá habla.

Aunque en un primer momento se alegró de que su mujer hubiera decidido volver a hablar, el rostro de Berzo se ensombreció cuando descubrió los nombres que había elegido para las recién nacidas. Sin dejar de menear la cabeza, permaneció en silencio durante unos incómodos minutos.

—Destino y Suficiente —murmuró al fin, como para sí—. En realidad no les has puesto un nombre. Lo que has hecho ha sido lanzar una petición al cielo.

Naze se miraba los pies, estudiando el dedo que le asomaba por el agujero del calcetín de lana.

—Los nombres que insinúan sentimientos de rencor pueden ofender al Creador —prosiguió Berzo—. ¿Por qué hacer que dirija su ira hacia nosotros? Será mejor que elijamos nombres corrientes y que no corramos riesgos.

Dicho lo cual, anunció que tenía nombres alternativos en mente: Pembe y Yamila, o Rosa y Belleza. Nombres como terrones de azúcar que se deshacen en el té, dulces y agradables, sin sarcasmo alguno.

Si bien la decisión de Berzo era definitiva, las opciones de Naze no fueron descartadas fácilmente. Persistieron en la memoria de todos, atadas al árbol familiar como dos ligerísimas cometas enganchadas en las ramas. De ese modo, las gemelas pasaron a llamarse por ambos nombres: Pembe Kader y Yamila Yeter, o Rosa Destino y Belleza Suficiente. ¿Quién les iba a decir que algún día uno de esos nombres aparecería impreso en los periódicos de todo el mundo?

Colores

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1953

Desde niña, a Pembe le encantaban los perros. Adoraba su capacidad para descubrir el alma de la gente, incluso durmiendo profundamente, a través de los ojos cerrados. La mayoría de los adultos creían que los perros no entendían demasiado, pero ella opinaba que se equivocaban. Lo entendían todo, pero eran indulgentes.

Había un perro pastor por el que sentía especial debilidad. Tenía las orejas caídas, el hocico largo y el pelaje lanudo, blanco y castaño. Era un animal bonachón al que le gustaba perseguir mariposas y jugar a atrapar palos, y que se lo comía casi todo. Lo llamaban Kitmir, pero también Quto o Dodo. Le cambiaban el nombre constantemente.

Un día, de manera inesperada, el animal empezó a comportarse de un modo extraño, como si estuviera poseído por un *yinni* travieso. Cuando Pembe intentó acariciarle el pecho, el animal se abalanzó sobre ella gruñendo y le mordió la mano. Más que la herida superficial que le causó, fue el cambio en el carácter del perro lo que resultó preocupante. En los últimos tiempos se había producido un brote de rabia en la región, y los tres ancianos del pueblo insistían en que debía ir a ver a un médico,

con el inconveniente de que no había ninguno a menos de cien kilómetros.

Fue entonces cuando la niña Pembe y su padre, Berzo, tomaron primero un microbús y después un autobús para llegar hasta la gran ciudad, Urfa. La idea de pasar el día alejada de su gemela, Yamila, le provocó un escalofrío, pero no pudo disimular el placer que le producía tener a su padre solo para ella. Berzo era un hombre de complexión robusta y huesos fuertes, facciones severas y un bigote poblado, con manos de campesino y el pelo canoso en las sienes. Tenía los ojos profundos, de color avellana y mirada amable, y, exceptuando las veces que se ponía de mal humor, era un hombre de carácter sereno, aunque le entristecía enormemente no tener un hijo que llevara su nombre hasta los confines de la tierra. Pese a ser un hombre de pocas palabras y aún menos sonrisas, se comunicaba con sus hijas mejor que su esposa. A cambio, sus ocho pequeñas competían por su amor, como gallinas que picotearan un puñado de grano.

El viaje a la ciudad fue divertido y emocionante; la espera en el hospital, ni una cosa ni la otra. En fila frente a la puerta del médico, había veintitrés personas. Pembe sabía el número exacto porque, a diferencia de otras niñas de ocho años de su pueblo, Yamila y ella iban a la escuela —un edificio decrepito de una sola planta situado en un pueblo vecino, a cuarenta minutos a pie—, y sabía contar. En medio de su clase había una estufa de la que emanaba más humo que calor. Los niños más pequeños se sentaban a un lado y los mayores al otro. Como las ventanas rara vez se abrían, el aire de la sala era viciado y seco como el polvo.

Antes de empezar en la escuela, Pembe creía que todas las personas del mundo hablaban kurdo. Sin embargo, ahora en-

tendía que no era así. Había gente que no sabía una palabra de ese idioma. Su profesor, por ejemplo. Era un hombre con el pelo corto y ralo, de mirada lúgubre, como si echara de menos la vida que había dejado atrás en Estambul y lamentara que lo hubieran enviado a ese lugar desolado. Se enfadaba cuando sus alumnos no entendían sus explicaciones o se burlaban de él en kurdo. En los últimos tiempos, había introducido una serie de normas: quien pronunciara una palabra en kurdo, tendría que permanecer sobre un solo pie, junto a la pizarra, de espaldas a sus compañeros de clase. La mayoría de los alumnos aguantaban unos minutos y acto seguido recibían su perdón con la condición de que no volvieran a cometer tal error; sin embargo, de vez en cuando el profesor se olvidaba de algún niño durante el día, obligándolo así a pasar horas en la misma postura. La norma había provocado reacciones opuestas en las gemelas. Mientras que Yamila optó por quedarse muda y no hablar en absoluto, Pembe se esforzaba para superarse en turco, decidida a aprender la lengua de su profesor y, de ese modo, ganarse su corazón.

Mientras tanto, su madre, Naze, no veía la necesidad de que tuvieran que aprender tantas palabras y números que no les servirían de nada, puesto que sus hijas no tardarían demasiado en casarse. Sin embargo, su marido insistía en que las niñas recibieran una educación.

—Cada día hacen esa caminata de ida y vuelta, y se les gastan los zapatos —gruñó Naze—. ¿Y para qué?

—Para que puedan leer la Constitución —respondió Berzo.

—¿Qué es una Constitución? —preguntó con recelo.

—¡Es la ley, mujer ignorante! ¡El gran libro! Algunas cosas es-

tán permitidas, otras prohibidas, y si no sabes diferenciarlas, tendrás muchos problemas.

Naze chasqueó la lengua, poco convencida por sus argumentos.

—¿Y en qué ayudará eso a casar a mis hijas?

—¿Quién sabe? Si un día sus maridos las tratan mal, no tendrán por qué aguantar. Podrán coger a sus hijos y marcharse con ellos.

—¡Oh! ¿Y adónde irán?

Berzo no había pensado en ello.

—Siempre podrán refugiarse en la casa de su padre, por supuesto.

—Ajá. ¿Y para eso tienen que darse la caminata todos los días y llenarse la cabeza de todas esas cosas? ¿Para volver a la casa donde nacieron?

—Tráeme un té —espetó Berzo—. Hablas demasiado.

—Quítatelo de la cabeza —susurró Naze mientras se dirigía a la cocina—. Ninguna de mis hijas abandonará a su marido. Y si lo hace, le daré una tremenda paliza, aunque entonces ya esté muerta. ¡Volveré convertida en fantasma!

Tal amenaza, si bien vacua e impulsiva, llegaría a convertirse en una profecía. Tiempo después de su muerte, Naze regresó a menudo para perseguir a sus hijas, a unas más que a otras. Al fin y al cabo, era una mujer terca. Jamás olvidaba. Y, a diferencia de los perros, nunca perdonaba.

Ahora, mientras esperaban en el hospital, Pembe observaba con sus ojos de niña a los hombres y las mujeres que esperaban en fila en el pasillo. Algunos fumaban, otros se comían las tortas de pan que habían traído de casa, algunos se curaban las he-

ridas mientras otros gritaban de dolor. En el ambiente flotaba un intenso hedor; una mezcla de sudor, desinfectante y jarabe para la tos.

Mientras observaba el estado de cada uno de los pacientes, la niña sintió una admiración creciente por el médico al que aún no conocía. Un hombre capaz de proporcionar una cura para enfermedades tan distintas debía de ser una persona extraordinaria, se dijo. Un vidente. Un mago eternamente joven con dedos milagrosos. Cuando al fin llegó su turno, la niña rebosaba curiosidad y siguió a su padre con impaciencia al interior de la consulta del médico.

Allí dentro todo era blanco. No como la superficie jabonosa que se formaba en la fuente donde lavaban la ropa. No como la nieve que se amontonaba en el exterior durante las noches de invierno, ni como el suero de la leche que mezclaban con ajo silvestre para hacer queso. Era un blanco que no había visto antes; persistente y sobrenatural. Un blanco tan gélido que le provocó un escalofrío. Las sillas, las paredes, las baldosas del suelo, la mesa de reconocimiento, incluso las tazas y los escalpelos emanaban tal ausencia de color. Pembe jamás había imaginado que el blanco pudiera ser tan desconcertante, tan lejano, tan oscuro.

Sin embargo, aún le sorprendió más que el médico fuera una mujer, aunque distinta a su madre, sus tías y sus vecinas. De igual modo que la habitación estaba bañada en la ausencia de color, la doctora que tenía delante carecía de las características femeninas que a Pembe le resultaban familiares. Debajo de la larga bata, vestía una falda marrón hasta las rodillas, medias de lana suave y delicada, y botas de cuero. Llevaba unas gafas tan redondas que parecía un búho malhumorado. Y eso que la niña nunca había visto

un búho malhumorado, pero, sin duda, debía de tener ese aspecto. No podía ser más diferente de las mujeres que trabajaban los campos de la mañana a la noche, que tenían la piel arrugada por entrecerrar los ojos bajo el sol, y que daban a luz hasta tener suficientes hijos. Esa era una mujer acostumbrada a que la gente, también los hombres, hicieran caso a sus palabras. Incluso Berzo se quitó el sombrero y agachó los hombros ante ella.

La doctora no dirigió a padre e hija más que una mirada desganada. Parecía que el mero hecho de su existencia la dejara exhausta e incluso la entristeciera. Estaba claro que eran las dos últimas personas a quienes le apetecía visitar al término de su duro día de trabajo. Ni siquiera habló demasiado con ellos, y dejó que fuera la enfermera quien formulara las preguntas importantes: «¿Cómo era el perro?», «¿Le salía espuma por la boca?», «¿Se comportó de manera extraña al ver agua?», «¿Había mordido a alguien más del pueblo?», «¿Lo examinaron después?». La enfermera hablaba con mucha rapidez, como si hubiera un reloj haciendo tictac en algún lugar y se estuviera agotando el tiempo. Pembe se alegró de que su madre no los hubiera acompañado. Naze no habría sido capaz de seguir la conversación y, enfadada y recelosa, no habría imaginado más que cosas malas.

Mientras la doctora extendía la receta, la enfermera administró una inyección en el estómago de la niña, que soltó un gemido desgarrador. Seguía llorando cuando salieron al pasillo, donde las miradas de los desconocidos empeoraron su dolor. Fue entonces cuando su padre, con la cabeza en alto y los hombros erguidos —de nuevo Berzo—, le susurró al oído que si dejaba de llorar y se comportaba como la niña buena que era, la llevaría al cine.

Pembe enmudeció de inmediato, los ojos brillantes por la emoción. La palabra «cine» le sonó como un caramelo en su envoltorio: aún no sabía qué había dentro, pero seguro que era algo bueno.

En la ciudad había dos teatros. El de mayor capacidad lo utilizaban más los políticos que iban de visita que los artistas y músicos de la localidad. Antes y después de las elecciones, se reunían en él multitudes de hombres y se pronunciaban discursos encendidos, y las promesas y la propaganda circulaban por el aire como un enjambre de abejas zumbantes.

El segundo local era mucho más modesto pero igualmente conocido. Se exhibían películas de distinta calidad, a merced del gusto de su propietario, quien prefería las aventuras a las diatribas políticas y pagaba importantes comisiones para que le hicieran llegar películas nuevas, junto a tabaco, té y otros productos de contrabando. Así, la gente de Urfa había visto algunas películas del Oeste en las que aparecía John Wayne, *El desertor del Álamo* y *Julio César*, además de *La quimera del oro* y otras películas interpretadas por ese hombrecillo simpático con el bigote negro.

Ese día proyectaban una película turca en blanco y negro, que Pembe siguió de principio a fin con la boca ligeramente abierta. La heroína era una niña hermosa y pobre, enamorada de un muchacho muy rico y muy malcriado. Pero él cambió. Tal era la magia del amor. Mientras que todo el mundo, empezando por los padres del chico, menospreciaba a los jóvenes amantes y unían sus fuerzas para separarlos, ellos se reunían en secreto debajo de un sauce a orillas de un río. Allí se daban la mano y entonaban canciones tristes como un suspiro.

A Pembe le encantaba todo lo que tuviera relación con el cine: el vestíbulo ornamentado, las pesadas cortinas drapadas, la oscuridad densa y acogedora. Se moría de ganas de hablarle a Yamila de esa nueva maravilla. En el autobús, de regreso a casa, cantó la canción de la película una y otra vez.

*Tu nombre está grabado en mi destino,
tu amor fluye por mis venas.
Si alguna vez le sonríes a otra,
me suicidaré si es que el dolor no me mata antes.*

Mientras Pembe meneaba las caderas y agitaba las manos en el aire, los pasajeros daban palmas y la aclamaban. Cuando por fin guardó silencio, más por agotamiento que por decoro, Berzo se rió y se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Qué talentosa es mi niña —la alabó, con un matiz de orgullo en la voz.

Pembe apoyó la cabeza en el ancho pecho de su padre e inhaló el aceite de lavanda que le perfumaba el bigote. No lo sabía, pero ese sería uno de los momentos más felices de su vida.

Cuando regresaron a casa, encontraron a Yamila en un estado espantoso: los ojos hinchados, el rostro abotargado. Había pasado el día esperando junto a la ventana, enredándose el pelo en los dedos, mordiéndose el labio inferior. De repente, y sin motivo alguno, había soltado un grito terrible. Por mucho que su madre y sus hermanas intentaron calmarla, no dejó de gimotear.

—Cuando Yamila empezó a llorar, ¿qué hora sería? —preguntó Pembe.

Naze intentó recordarlo.

—Hacia primera hora de la tarde, diría. ¿Por qué lo preguntas?

Pembe no respondió. Ya tenía la información que quería. Su gemela y ella, aunque a kilómetros de distancia, habían gritado al mismo tiempo, en el momento en que le habían administrado la inyección. La gente decía que los gemelos eran dos cuerpos que compartían una sola alma. Sin embargo, ellas eran más que eso. Ellas eran un solo cuerpo y una sola alma. Destino y Suficiente. Cuando una cerraba los ojos, la otra dejaba de ver. Si una se hacía daño, la otra sangraba. Y cuando una tenía pesadillas, a la otra se le aceleraba el corazón.

Esa misma noche, Pembe enseñó a Yamila los pasos de baile que había visto en la película. Turnándose para imitar a la protagonista, las niñas giraron, se besaron y abrazaron como una pareja de enamorados, sin dejar de reír.

—¿A qué viene tanto ruido?

Era Naze, que formuló la pregunta con voz severa y tono desdenoso. Había estado aventando arroz sobre una bandeja plana.

Pembe abrió los ojos como platos y la miró con resentimiento.

—Solo estábamos bailando.

—¿Y por qué razón tenéis que bailar? —replicó Naze—. A menos que hayáis decidido convertirlos en un par de ramera.

Pembe no sabía qué era una ramera, pero no se atrevió a preguntar. Se sintió invadida por una oleada de rencor. ¿Por qué su madre no podía disfrutar de las canciones como lo habían hecho los pasajeros del autobús? ¿Por qué unos desconocidos eran más tolerantes que su propia madre? Seguía pensando en ello cuando oyó que Yamila daba un paso al frente y, como si aceptara toda la culpa, murmuraba:

—Lo sentimos, mamá. No volveremos a hacerlo.

Pembe lanzó una mirada desafiante a su gemela, sintiéndose traicionada.

—Os digo las cosas por vuestro bien. Si os reís demasiado, mañana lloraréis. Es mejor que os sintáis mal ahora que más adelante.

—No entiendo por qué no podemos reír ahora, mañana y al otro —observó Pembe.

Ahora fue Yamila quien frunció el entrecejo. El descaro de su hermana no solo la había sorprendido, sino que la colocaba en una posición incómoda. Contuvo la respiración, temerosa de lo que la esperaba: el rodillo de amasar. Cada vez que una de las niñas sobrepasaba un límite, Naze les pegaba con el delgado rodillo de madera en la cocina. Nunca en la cara, pues la belleza era la dote de una chica, sino en la espalda y en el trasero. A las niñas les resultaba curioso que el instrumento que detestaban sirviera también para preparar los pasteles esponjosos que tanto les gustaban.

Sin embargo, esa noche Naze no las castigó. Arrugó la nariz, meneó la cabeza y desvió la mirada, como si deseara estar en cualquier otro lugar. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz serena.

—El recato es el único escudo de una mujer —anunció—. Recordad esto: si lo perdéis, no valdréis más que un *kuruş* lleno de muescas. Vivimos en un mundo cruel que no se apiadará de vosotras.

Pembe se imaginó lanzando una moneda al aire y viéndola caer sobre la palma de su mano. Siempre había dos caras, y solo dos. Ganar o perder. Dignidad o vergüenza, y poco consuelo para quienes perdían.

Ello se debía a que las mujeres estaban hechas de la batista más fina, prosiguió Naze, mientras que los hombres habían sido creados a partir de una tela gruesa y oscura. Era así como Dios había confeccionado a ambos: uno superior al otro. Y en cuanto a por qué había actuado de ese modo, no estaba en manos de los humanos cuestionarlo. Lo importante era que el color negro no dejaba ver las manchas, mientras que el blanco revelaba la más diminuta mota de suciedad. De igual modo, las mujeres mancilladas quedaban señaladas de inmediato y eran apartadas del resto, como las cáscaras que se separaban del grano. Por consiguiente, cuando una virgen se entregaba a un hombre, aunque fuera el hombre al que amaba, tenía todo que perder, mientras que él no perdía nada en absoluto.

Así pues, en la tierra donde habían nacido Rosa Destino y Belleza Suficiente, el honor era algo más que una palabra. Era también un nombre. Podías llamar a tu hijo «Honor», siempre que fuera niño. Los hombres tenían honor. No importaba que fueran ancianos, adultos, o colegiales tan pequeños que aún olían a la leche de su madre. Las mujeres no tenían honor. Por contra, tenían vergüenza. Y, como todo el mundo sabía, «Vergüenza» no era un nombre que a nadie pudiera gustarle llevar.

Mientras escuchaba, Pembe recordó el blanco riguroso de la consulta de la doctora. La incomodidad que había sentido entonces volvió a ella de repente, solo que con mayor intensidad. Pensó en otros colores —el azul de la hierba doncella, el verde pistacho, el marrón avellana—, y en telas distintas, como el terciopelo, la gabardina y el brocado. El mundo contenía una variedad inmensa; sin duda mayor de la que podía encontrarse en una bandeja de arroz aventado.

Una de las muchas ironías que poblaron la vida de Pembe sería que las cosas que detestaba oír en boca de su madre se las repetiría a su hija, Esmá, palabra por palabra, años después en Inglaterra.

Askander... Askander...

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1962-1967

Pembe era una mujer de ideas insostenibles y miedos infundados. Tales rasgos de su personalidad no eran producto de una evolución a lo largo de los años. Al contrario, se había vuelto supersticiosa de manera repentina, casi de la noche a la mañana: la noche que nació Iskender.

Pembe tenía diecisiete años cuando fue madre por primera vez; una madre joven, hermosa y aprensiva. Allí estaba, en una habitación bañada por la penumbra, mirando fijamente la cuna, como si no acabara de convencerse de que ese bebé, con sus dedos rosados y frágiles, su piel transparente y una manchita morada en la diminuta nariz, hubiera sobrevivido contra todo pronóstico; de que a partir de ese momento sería su bebé, solo suyo. Su hijo, el hijo que su madre había deseado y por el que había rezado a lo largo de toda su vida.

Tras dar a luz a Rosa Destino y Belleza Suficiente, Naze se quedó embarazada una vez más. En esa ocasión tenía que ser un niño, no había otra posibilidad. Alá se lo debía. Estaba en deuda con ella, solía decir Naze, aunque consciente de que sus palabras constituían una absoluta blasfemia. Se trataba de un acuerdo secreto entre ella y el Creador. Después de tantas niñas, sabía que él la recompensa-

ría. Tan convencida estaba de ello, que pasó meses tejiendo mantas, calcetines y jerséis de un color azul oscuro como las noches tormentosas, diseñados especialmente para su niño perfecto. No quería escuchar a nadie; ni siquiera a la comadrona que la examinó cuando rompió aguas y le comunicó en un tono sereno como la brisa que el bebé no estaba bien colocado, y que sería mejor que fuera a la ciudad. Aún había tiempo. Si partían de inmediato, podrían llegar al hospital antes de que empezaran las contracciones.

—Tonterías —repuso Naze, dirigiendo una mirada encendida a la comadrona.

Todo iba bien. Todo estaba en manos de Dios. Tenía cuarenta y nueve años y ese niño sería un milagro divino. Daría a luz allí mismo, en su casa, en su cama, como había hecho con anterioridad, solo que esa vez tendría a un niño.

El bebé venía de nalgas. Era demasiado grande y no estaba bien colocado. Transcurrieron horas. Nadie las contó, porque eso traía mala suerte. Además, solo Alá poseía el tiempo, por eso era el relojero divino. Lo que resultaba insoportablemente largo para los simples mortales, pasaba en un abrir y cerrar de ojos para él. Así pues, el reloj de la pared se cubrió con un pedazo de terciopelo negro, al igual que todos los espejos de la casa, cada uno de los cuales era una puerta hacia lo desconocido.

—Ya no puede seguir empujando —comentó una de las mujeres presentes.

—Entonces tendremos que hacerlo nosotras por ella —respondió la comadrona con tono decidido, aunque sus ojos revelaron el miedo que trataba de disimular.

La comadrona introdujo la mano en Naze hasta que sintió el cuerpo suave y resbaladizo del bebé retorcerse entre sus dedos.

Notó el débil latido del corazón, como una vela chispeante a punto de extinguirse. Cuidadosamente pero con firmeza, trató de girar al bebé en el útero. Una vez. Dos. La tercera vez fue más enérgica, pues ya actuaba con cierta urgencia. El bebé se desplazó en el sentido de las agujas del reloj, pero no fue suficiente. La cabeza oprimía el cordón umbilical, con lo que disminuía peligrosamente la cantidad de oxígeno que recibía.

Naze había perdido tanta sangre que se desvanecía lentamente, sus mejillas del color del invierno. Había que tomar una decisión. La comadrona sabía que solo sobreviviría la madre o el hijo. Era imposible salvar a ambos. Su conciencia se tornó silenciosa como una noche sin luna, e igualmente oscura. De repente, tomó una decisión. Salvaría a la mujer.

En ese instante, Naze, tumbada con los ojos cerrados, bailando con la muerte, sangrando y agraviada, alzó la cabeza y gritó:

—¡Ni se te ocurra, zorra!

Fue un grito tan enérgico y estridente que no parecía posible que lo hubiera emitido un ser humano. La mujer tendida en la cama se había convertido en un animal salvaje, hambriento y bestial, dispuesto a atacar a quien se interpusiera en su camino. Corría por un denso bosque en el que el sol proyectaba reflejos temblorosos de color oro y ocre sobre las hojas; libre como nunca lo había sido. Quienes la oyeron, creyeron que había perdido el juicio. Solo los locos gritaban de ese modo.

—¡Ábreme, puta! ¡Sácalo! —ordenó Naze, y a continuación se rió, como si hubiera traspasado un umbral más allá del cual todo se convertía en una broma—. Es un niño, ¿no lo ves? ¡Mi hijo está a punto de llegar! Puta celosa y rencorosa. ¡Coge esas tijeras! ¡Ahora! ¡Ábreme el vientre y saca a mi hijo!

Una nube de moscas diminutas zumbaba en la habitación, como buitres revoloteando sobre su presa. Había mucha sangre por todas partes. Demasiada ira y resentimiento esparcidos sobre las alfombras, las sábanas, las paredes. El ambiente de la habitación se había vuelto denso, indiferente. Y las moscas... Si al menos pudieran librarse de las moscas.

Naze no sobrevivió. Como tampoco lo hizo el bebé durante mucho tiempo. El bebé sobre cuyo sexo Naze había estado equivocada todos esos meses. La novena criatura, la que la mató y después murió serenamente en su cuna, era otra niña.

Así, ese día de noviembre de 1962, mientras yacía en la cama del hospital, despierta a altas horas de la madrugada, Pembe se sintió angustiada al pensar que Dios pudiera ser tan arbitrario. Allí estaba ella, con tan solo diecisiete años y dando el pecho a su hijo. No podía librarse de la sospecha de que desde algún lugar del cielo, bajo una luz acuosa, su madre la observaba con envidia. «Ocho partos, cinco abortos, un bebé muerto, y ninguno de ellos fue un niño... Y vas y le das un niño sano a la descerebrada de mi hija. ¿Por qué, Alá? ¿Por qué?»

La voz de Naze resonó en los oídos de Pembe hasta convertirse en una bola de furia que le rodó por el pecho y se le instaló en el estómago. Y si bien intentaba con todas sus fuerzas combatir sus preocupaciones, solo lograba que la asaltaran otras nuevas. Trazaban círculos en el interior de su cabeza y giraban como una peonza, y de súbito no había lugar alguno donde esconderse del mal de ojo contenido en la mirada de su difunta madre. Cuando empezó a prestar atención, Pembe veía esa mirada en todas partes. En el grano y en los anacardos que machacaba en un mortero de piedra, que convertía en pasta y después utilizaba para en-

riquecer su leche. Estaba también en las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales de las ventanas, en el aceite de almendras que se aplicaba en el pelo después de cada baño, y en la densa y burbujeante sopa de yogur que hervía a fuego lento.

«Alá Misericordioso, por favor, haz que mi madre cierre los ojos en su tumba y que mi hijo crezca fuerte y sano», rezaba Pembe, mientras se mecía hacia delante y hacia atrás, como si fuera ella la que necesitara dormirse, y no el bebé.

La noche que nació Iskender, Pembe tuvo una pesadilla, como le había sucedido tantas otras veces durante el embarazo. Pero esa la sintió tan real que una parte de ella jamás se recuperaría del impacto, nunca volvería de la tierra líquida de los sueños.

Se vio tendida de espaldas sobre una alfombra decorativa, con los ojos muy abiertos y el vientre hinchado. Sobre ella, multitud de nubes se deslizaban por el cielo. Hacía calor, un calor espantoso. A continuación se dio cuenta de que la alfombra estaba extendida sobre el agua, un río revuelto que se agitaba bajo su peso. «¿Cómo es que no me hundo?», pensó. En lugar de una respuesta, el cielo se abrió y le ofreció un par de manos. ¿Acaso eran las manos de Dios? ¿O las manos de su madre muerta? No fue capaz de averiguarlo. Las manos le rajaron el vientre. No sintió dolor, tan solo el horror de ser consciente de lo que estaba sucediendo. Acto seguido, las manos extrajeron al bebé. Era un niño regordete con ojos del color de guijarros oscuros. Antes de que Pembe pudiera tocarlo, y mucho menos abrazarlo, las manos soltaron al bebé en el agua. El pequeño se alejó a la deriva, flotando sobre un pedazo de madera, como el profeta Moisés en su cesta.

Pembe compartió su pesadilla con una única persona, los ojos

brillantes y encendidos mientras la relataba, y Yamila la escuchó, y ya fuera porque de verdad creía en ella, o porque deseaba liberar a su gemela del horror del fantasma de Naze, le dijo que tenía una explicación.

—Puede que te hayan lanzado una maldición. Probablemente haya sido un *yinni*.

—Un *yinni* —repitió Pembe.

—Sí, cariño. A los *yinn* les encanta hacer la siesta en sillas y sofás, ¿no lo sabías? Los *yinn* adultos pueden salir a toda mecha cuando ven que se acerca un adulto, pero los niños no son tan rápidos. Y las embarazadas son pesadas y torpes. Te habrás sentado encima de un *yinni* bebé y lo habrás aplastado.

—¡Oh, Dios mío!

Yamila frunció la nariz como si hubiera notado un olor repugnante.

—Yo diría que la madre ha querido vengarse y te ha lanzado una maldición.

—¿Y qué voy a hacer?

—No te preocupes, siempre hay formas de apaciguar a un *yinni*, por muy enfadado que esté —respondió Yamila con seguridad.

Así, mientras Pembe amamantaba a su recién nacido, Yamila le decía que arrojara pedazos de pan duro a perros callejeros y se alejara sin mirar atrás; que lanzara un pellizco de sal por encima del hombro izquierdo y otro pellizco de azúcar por encima del derecho; que caminara a través de campos recién arados y por debajo de telas de araña; que vertiera agua de rosas bendita en todos los rincones de la casa, y que llevara un amuleto colgado al cuello durante cuarenta días. Era así como esperaba curar a Pembe del

temor hacia su difunta madre. Sin embargo, lo que hizo fue abrir la puerta a las supersticiones; una puerta que Pembe siempre supo que existía, pero que jamás se había atrevido a cruzar.

Entretanto, Iskender seguía creciendo. Tenía la piel del color de la arena caliente, el pelo oscuro, ondulado y brillante como el polvo de estrellas, los ojos vivos y pícaros, y con la mancha de nacimiento desaparecida hacía tiempo, era un niño sonriente que se ganaba el corazón de todo el mundo. Cuanto más hermoso se volvía su hijo, mayor era el terror de Pembe hacia las cosas que no podía controlar: terremotos, corrimientos de tierras, inundaciones, incendios, enfermedades contagiosas, la ira del fantasma de Naze o la venganza de una madre *yinni*. El mundo siempre había sido un lugar peligroso, pero de súbito el riesgo se volvía demasiado real, demasiado cercano.

Tal era la angustia de Pembe, que se negó a dar un nombre a su hijo a fin de protegerlo de Azrael, el Ángel de la Muerte. Si al bebé no se le asociaba con ningún nombre, Azrael no lograría encontrarlo aunque lo buscara, se decía Pembe. Así, el niño pasó el primer año de su vida en este mundo sin nombre, como un sobre sin dirección. Al igual que su segundo, tercero y cuarto años. Cuando querían llamarlo, le gritaban «¡hijo!» o «¡eh, chico!».

¿Y por qué su marido, Adem, no se opuso a una situación tan absurda? ¿Por qué no tomó el control y puso un nombre a su heredero como hacían todos los hombres? Había algo que lo retenía, algo más fuerte que su genio vivo y su orgullo masculino, un secreto entre ambos que fortalecía a Pembe y debilitaba a Adem, y que lo alejó de su casa hacia un mundo clandestino en Estambul, donde apostaba y podía ser el rey, aunque solo fuera por una noche.

No fue hasta que el niño cumplió los cinco años cuando Adem tomó las riendas de la situación y anunció que no podía prolongarse durante más tiempo. Su hijo empezaría a ir a la escuela en breve y si no tenía nombre, sus compañeros se ocuparían de darle el más ridículo que pudieran imaginar. A regañadientes, Pembe aceptó, pero con una condición. Se llevaría al niño a su aldea natal para que su gemela y sus otros familiares le dieran su bendición. Una vez allí, consultaría el asunto con los tres ancianos del pueblo, que ya debían de ser más viejos que el monte Ararat, pero que aún dispensaban sabios consejos.

—Has hecho bien en venir a vernos —dijo el primero de los ancianos, un hombre tan frágil que cuando una puerta se cerraba de golpe cerca de él, la vibración lo hacía temblar de arriba abajo.

—También es bueno que no te hayas empeñado en ponerle tú el nombre al niño, como algunas madres hacen hoy en día —señaló el segundo anciano, a quien solo le quedaba un diente, una pequeña perla que brillaba en solitario, como el primero de un niño.

El tercer anciano habló a continuación, pero en voz tan baja, y arrastrando las palabras de tal modo, que nadie entendió lo que dijo.

Después de una breve discusión, los ancianos tomaron una decisión: al niño debía ponerle nombre un desconocido, alguien que no supiera nada de la familia y, por consiguiente, que no hubiera oído hablar del espectro de Naze.

Convencida por sus palabras, Pembe aceptó la propuesta. A algunos kilómetros de distancia, había un riachuelo de corriente

baja en invierno y extremadamente alta en primavera. Los campesinos lo cruzaban en un bote improvisado atado a un cable que tendían entre ambas orillas. El trayecto era peligroso, y cada año varios pasajeros caían al agua. Se decidió que Pembe esperaría en la orilla de llegada y pediría al primer hombre que lo cruzara que le diera un nombre a su hijo. Entretanto, los ancianos del pueblo aguardarían escondidos tras los arbustos e intervendrían si fuera necesario.

Así pues, Pembe y su hijo esperaron. Ella llevaba un vestido rojo hasta los tobillos y un chal de encaje negro. El niño lucía su único traje y parecía un hombre en miniatura. El tiempo transcurría con lentitud y el niño empezó a aburrirse, de modo que Pembe le contó historias para entretenerlo. Una de esas historias se quedaría grabada en su memoria para siempre.

—Cuando el maestro Nasrudin era pequeño, su mamá lo quería como a las niñas de sus ojos.

—¿Es que tenía niñas en los ojos? —preguntó el niño.

—Es una expresión, mi sultán. Significa que lo quería muchísimo. Los dos vivían en una bonita cabaña a las afueras de la ciudad.

—¿Dónde estaba el padre?

—Se había ido a la guerra. Pero escucha. Un día su madre tuvo que ir al bazar, y le dijo: «Tienes que quedarte en casa y vigilar la puerta. Si ves a un ladrón que intenta entrar, empieza a gritar con todas tus fuerzas. Eso lo asustará. Yo volveré antes del mediodía». Así pues, Nasrudin hizo lo que su madre le dijo y no apartó los ojos de la puerta en ningún momento.

—¿No tenía pipí?

—Tenía un orinal.

—¿Y no tenía hambre?

—Su madre le había dejado comida.

—¿Pastelitos?

—Sí, y *halva* de sésamo —respondió Pembe, que conocía bien a su hijo—. Después de una hora, llamaron a la puerta. Era el tío de Nasrudin, que pasaba a ver cómo estaban. Le preguntó al niño dónde estaba su madre y después le dijo: «Bueno, pues ve y dile a tu madre que vuelva a casa pronto y nos prepare el almuerzo. Mi familia vendrá a haceros una visita».

—¡Pero si está vigilando la puerta!

—Exacto. Nasrudin estaba indeciso. Su madre le había pedido que hiciera una cosa, y su tío otra. No quería desobedecer a ninguno de los dos. Así que quitó la puerta, se la cargó a la espalda y fue a buscar a su madre.

El niño soltó una risita pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Yo no haría eso. Yo haría caso a mi madre antes que a mi tío.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, oyeron un ruido. Alguien había cruzado el río y caminaba hacia ellos. Para sorpresa de Pembe y de los ancianos del pueblo, resultó ser una mujer mayor. Tenía una nariz exageradamente aguileña, las mejillas hundidas por debajo de los pómulos arrugados y los dientes torcidos. Los ojos, pequeños y redondos, no dejaban de moverse, como si se negaran a posarse en algo en concreto.

Pembe le contó que le urgía dar un nombre a su hijo y le preguntó si tendría la amabilidad de ayudarla, evitando los detalles sobre el fantasma de Naze y los ancianos escondidos detrás de los arbustos. La mujer no pareció sorprendida en lo más mínimo. Apoyada en su bastón, sopesó la proposición, serena y dispuesta, como si tal petición fuera lo más común de este mundo.

—Mamá, ¿quién es? —preguntó el niño.

—Chist, león. Esta buena mujer será quien te ponga nombre.

—Pero es fea.

Fingiendo no haberlo oído, la mujer dio un paso hacia él y lo examinó de cerca.

—Así que aún no has encontrado tu nombre, supongo.

El niño alzó las delgadas cejas, negándose a responder.

—Bueno, pues yo tengo sed —anunció la mujer, y señaló el lugar donde el curso del agua formaba un entrante—. ¿Por qué no me traes un vaso de agua?

—No tengo vaso.

—Entonces utiliza las manos —insistió la anciana.

Con el entrecejo cada vez más fruncido, el niño miró a la mujer, después a su madre, y acto seguido de nuevo a la desconocida.

—No —respondió, con un tono diferente en la voz—. ¿Por qué no vas tú a buscarla? No soy tu criado.

La mujer ladeó la cabeza, como si las palabras del niño fueran un golpe que había tenido que esquivar.

—No le gusta servir, ¿verdad? Solo le gusta que le sirvan.

Llegado ese momento, Pembe estaba convencida de que habían elegido a la persona equivocada. A fin de apaciguar los ánimos, Pembe dijo, en el tono más conciliador del que fue capaz:

—Yo le traeré agua.

Sin embargo, la mujer no bebió el agua que Pembe le llevó en el cuenco de las manos. En lugar de eso, la leyó.

—Hija mía, este niño seguirá siendo pequeño durante mucho tiempo, y solo crecerá cuando alcance la edad adulta. Madurará muy tarde.

Pembe contuvo la respiración. Tenía la clara impresión de que la mujer estaba a punto de contarle un secreto, algo que no debía desvelar.

—Algunos niños son como el Éufrates, rápidos y vivos. Sus padres no pueden seguirles el ritmo. Me temo que tu hijo te romperá el corazón en mil pedazos.

Esas palabras cayeron sobre ella como una piedra aparecida de la nada.

—Pero eso no es lo que le he preguntado —repuso Pembe, con cierta tensión en la voz—. ¿Ha pensado en un nombre para él?

—Sí. Hay dos nombres que le irían bien, según lo que esperes. Uno es Saalim. Una vez hubo un sultán con ese nombre, que era poeta y además un músico distinguido. Si recibe ese nombre, es posible que tu hijo aprenda a apreciar la belleza.

—¿Y el otro? —Pembe contuvo la respiración, a la expectativa. Ahora incluso el niño parecía interesado en la conversación.

—El otro es el nombre de un gran comandante que siempre marchó frente a sus soldados, que luchó como un tigre, ganó todas las batallas, aniquiló a todos sus enemigos, conquistó tierra tras tierra, unificó el este y el oeste, el amanecer y el atardecer, y siguió siempre con hambre de más. Puede que también tu hijo sea invencible y tenaz, y que dirija a otros hombres, si recibe ese nombre.

—Este es mejor —respondió Pembe, con el rostro iluminado.

—Bueno, entonces ya no me necesitas.

Dicho lo cual, la anciana agarró su bastón y empezó a alejarse por el camino con paso sorprendentemente ágil. Pembe necesitó un par de segundos antes de ordenar sus pensamientos y salir corriendo tras ella.

—Pero ¿cuál es?

—¿Cuál es qué? —La anciana se volvió y observó su rostro, como si hubiera olvidado quién era.

—¡El nombre! No me ha dicho cuál es ese nombre.

—¡Ah! Askander.

—Askander... Askander... —repitió Pembe, embelesada.

Cuando regresaron a Estambul, inscribieron al niño en la oficina local. Aunque con varios años de retraso, y tras muchas súplicas y un considerable soborno, su existencia quedó por fin legalizada. El nombre que aparecía escrito en su tarjeta cuando empezó en el colegio era Iskender Toprak.

—Un nombre propio de un líder mundial —comentó Pembe. Entonces ya sabía quién era Alejandro Magno.

Y así fue como su primer hijo, la niña de sus ojos, recibió el nombre de Askander en kurdo o Iskender en turco. Cuando la familia emigró a Londres, para los niños y los profesores de la escuela, fue Alex, el nombre por el que lo conocerían también en la cárcel de Shrewsbury, tanto convictos como carceleros.